

Volando con Jiménez Deredia

A propósito de la escultura de Jiménez Deredia en el Museo de Arte Costarricense

Rodrigo Soto

Alguna vez llegó a mi correo electrónico una caricatura que asociaba visualmente la escultura de Jorge Jiménez Deredia que compró el Museo de Arte Costarricense para inaugurar su jardín, con el acto de la defecación. Y mil veces me ha tocado oír a conocidos y amigos quejándose porque el Estado gastó no-sé-cuántos millones en esa obra.

Otros, un poco mejor informados, saben que no fue el Estado quien invirtió ese dinero, sino una Asociación de Amigos del Museo, pero entonces descalifican la obra afirmando que su autor mantiene vínculos con el Opus Dei, y que fue por ello que pusieron una escultura suya en El Vaticano y ganó notoriedad.

La verdad, y con absoluta franqueza, diré que me importa un bledo si Jorge Jiménez Deredia tiene alguna relación con el Opus Dei. (¿Le resta algo a la obra de Neruda su adhesión al Partido Comunista Chileno durante la época estalinista, o a la obra de Diego Rivera su militancia con el Partido Comunista Mexicano de esa misma época? Que sea bueno para la gansa lo que es bueno para el ganso...)

Así pues, dejando de lado las intrigas y serruchadas de piso tan caras a nuestro medecillo de aldea-medio-globalizada, me gustaría compartir algunas impresiones acerca de esa escultura.

Lo primero que hay que tomar en consideración es que la obra fue hecha ex profeso para ese lugar. ¿Y cuál es ese lugar? La torre de control y el edificio principal del antiguo aeropuerto de La Sabana, por supuesto.

Para quienes no lo saben o ya lo olvidaron, la aviación es una epopeya de la humanidad. Hace un siglo escaso, los hermanos Wright y el brasileño Alberto Santos-Dumont elevaron sus torpes papelotes de motor de combustión, y previo a eso, durante poco más de otro siglo, hubimos de conformarnos con los globos y otros ar-

matostes encumbrados mediante gases calientes. De ahí hacia atrás, "lo demás es mitología". Y anhelo. Y sueño...

El tema es ese...

Así nos lo confirman las dos enormes alas del conjunto escultórico, totalmente explícitas, por lo demás. Las alas convergen en lo que, desde el punto de vista de la composición, es el núcleo del conjunto: una especie de arco del que penden cuatro esferas. Mirémoslo con detalle.

No se trata de un arco puramente arquitectónico (de medio punto, gótico o cualquiera otra de las variantes conocidas) sino de una figura elipsoidal, que transmite una sensación de elasticidad, y que por ello mismo nos remite a la materia orgánica, a la figura humana. Dicha asociación está reafirmada por las nervaduras talladas en la parte superior del arco. No hay que saber mucho de fisiología para establecer una relación entre tales nervaduras y la corteza cerebral. Desde el punto de vista visual, la asociación no puede ser más clara.

El conjunto escultórico nos habla, pues, de la aviación y del ser humano. La clave está en las esferas. ¿Y qué nos dicen las esferas? Están colocadas no en orden descendente sino ascendente (la más pequeña abajo y la

mayor en lo alto), con lo que se sugiere claramente un movimiento de subida o ascensión. Es decir, las esferas se levantan, no caen. ¿Puede pensarse en una relación más clara con el tema de la aviación?

El último elemento del conjunto es la verja que delimita el jardín. En lugar de ser uniforme, la verja es sinuosa e irregular, como queriendo armonizar con la silueta de los cerros de Escazú que se dibujan al fondo. Así pues, todo el conjunto parece decirnos que, en virtud de la inteligencia y de la energía de la mente, las pesadas esferas se elevan sobre las montañas, en un claro desafío a las leyes de la física.

En resumen, la escultura de Jiménez Deredia es una obra eminentemente conceptual (nos trata de transmitir una idea mediante una forma; nos invita no tanto al deleite sensorial como a la meditación, a la reflexión...) sobre las leyes que rigen el universo -la gravedad-, y sobre nuestro papel aquí -el desafío, la transgresión o, si se prefiere, el juego con esas leyes-.

Se trata, pues, de todo lo contrario a la defecación regida inexorablemente por la gravedad- y más bien de aquello que la desafía: la inteligencia y la imaginación creadora.

Hay que soñar. Hay que volar.



GARRETT BRITTON / ARCHIVO LA NACIÓN